

la vida recibida. La virtud y eficacia destes dos sacramentos para estos efectos susodichos, y para otros muchos, con ningun género de palabras se puede explicar. Y por no hacer injuria á cosa tan grande, hablando della brevemente, no dirémos aquí mas, porque esto queda para otro lugar.

La tercera ayuda que nos da esta sancta religion es, encomendar muchas veces el uso y continuacion de la oracion; la cual es remedio comun de todas las necesidades, y una medicina general para todos los males. Los sacramentos tienen particulares efectos que obran en las ánimas, y las otras virtudes tienen tambien particulares materias y oficios en que se ejercitan; mas la oracion vale para todas las cosas, y particularmente es remedio contra el pecado. Y así con ella armó nuestro Salvador á sus discípulos la noche de la Pasion, cuando les dijo (n): Velad y orad, porque no caigais en tentacion. Y conforme á esto el Eclesiástico dice (o) que el que guarda la ley multiplica la oracion; dando á entender que es muy grande ayuda para la guarda de la ley el socorro de la oracion. Callo otros muchos lugares, donde la continuacion desta virtud muy encarecidamente se nos encomienda. Destas tres ayudas para la virtud nada supieron ni escribieron los filósofos, aunque se vendian por maestros de la vida humana. Porque ni tenían fe, ni sacramentos, ni sabían qué cosa era oracion; porque no esperaban favores del cielo para alcanzar la virtud, sino de sí mismos y de sus propias fuerzas.

Con estas tres ayudas podemos juntar la palabra de Dios, oida, ó leida, ó devotamente pensada y rumiada, de cuyo fruto y provecho tratamos ya al principio deste libro (p). Estas son cuatro muy principales ayudas para alcanzar la virtud y la perfeccion de la vida cristiana. Y digo para alcanzarla, porque no consiste en ellas la perfeccion desta vida, mas son medios y instrumentos muy eficaces para conseguirla, así como las medicinas lo son para alcanzar la salud, las cuales serían ociosas, si no se siguiese este fruto dellas.

Pues tornando al propósito, si son tan pocos los cristianos que usen destas medicinas, si tan léjos están y tan desacordados de pensar en los misterios de la fe que profesan, si nunca se llegan á los sacramentos sino forzados con censuras, si no gastan siquiera una hora de veinte y cuatro que tiene el día en encomendarse á Dios y pedirle favor y su gracia contra los pecados (que por todas partes nos tienen cercados), si nunca toman un libro devoto en las manos, ni oyen con atencion y deseo de aprovechar la palabra de Dios, ¿qué les puede ayudar el título de cristianos, si no usan de los socorros y medicinas que esta sancta religion nos propone para ayudarnos á la virtud, y criar en nuestros corazones temor y amor de Dios, y odio contra el pecado? Dadme vos una persona que usando destes remedios esté desmedrada en la virtud, y valdrá algo vuestra objeccion. Mas por experiencia se ve, que todas las personas que usan dellos, cada día van creciendo y aprovechando mas en el amor de Dios, y aborrecimiento del pecado, y en toda virtud.

CAPITULO XI.

De la nona excelencia de la religion cristiana, que es alcanzarse por ella la verdadera felicidad y último fin del hombre.

La nona excelencia de la religion cristiana es, alcanzarse por ella la felicidad y último fin del hombre. Para

(n) Matth. 26. (o) Eccli. 53. (p) I. Part. cap. 1.

la inteligencia desto, es de saber que aunque el principal oficio de la verdadera religion sea hacer á los hombres buenos y virtuosos, mas no pára ella aquí, sino pasa mas adelante pretendiendo hacerlos bienaventurados. Para lo cual toma por medio la virtud, que es la escala por do se sube á esta bienaventuranza. De modo que aunque la virtud sea digna de grande estima y veneracion, mas no consiste en ella nuestro último bien, como los filósofos estoicos afirmaban (a), mas solamente es medio y camino para alcanzar este summo bien. Por manera que así como el fin del buen estudiante no es estudiar, sino alcanzar la sciencia por medio del estudio, y el fin del labrador no es cultivar y labrar la tierra, sino coger los frutos della: así el último fin de la ley no es solamente hacer al hombre virtuoso, sino bienaventurado; y para llegar á esto lo hace virtuoso. Lo primero es oficio de la ley, lo segundo es fin.

Mas que esta bienaventuranza no se pueda alcanzar en esta vida (por ser llena de infinitas miserias), al principio deste libro (b) lo disputamos y concluimos. Pero aquí es de saber que hay dos maneras de bienaventuranza: una consumada y otra comenzada. La consumada está guardada para los fieles siervos de Dios en la otra vida, donde verán claramente aquel summo y universal bien en quien están todos los bienes, y así no tendrán mas que desear. Pero la comenzada es aquella de que los amigos de Dios gozan en esta vida, la cual participa este nombre de bienaventuranza por alguna semejanza que tiene con la otra. Y si preguntáremos en qué género de bienes consista ella, no será necesario andar derramados como los filósofos inquiriendo qué bienes sean estos; porque el Apóstol (c) nos saca desta perplejidad, diciendo que el reino de Dios no es comer ni beber, sino justicia, y paz, y alegría en el Espíritu Sancto. En las cuales palabras señala tres maneras de bienes: el primero es justicia, que es sanctidad y buena vida, la cual es fundamento de la verdadera paz (como dice Esaías) (d), y desta paz y justicia nace el alegría de la buena consciencia y el gozo del Espíritu Sancto, que es el sello y cumplimiento desta bienaventuranza. El cual gozo comunmente anda en compañía de la caridad como hijo della; y desta manera consideramos aquí este gozo, hermanado y ayuntado con su madre.

Esta es aquella paz de que dice el Profeta (e): Mucha paz tienen, Señor, los que guardan vuestra ley, y no hay cosa que los ofenda y escandalice. Y en otro lugar dice el Señor por Esaías (f): ¡Oh si tuvieses, hombre, cuenta con mis mandamientos! porque luego derramaría yo sobre tí como un río de paz. Y llámala aquí río, lo uno por la grandeza desta paz que Dios da, muy diferente de la que da el mundo; y lo otro porque esta paz, á manera de río, apaga el encendimiento y ardor de nuestras cobdicias, y pasiones y apetitos, que son los perturbadores desta paz, los cuales por virtud desta paz y de la justicia vienen á sosegarse; como lo significó Salomon por estas palabras muy dignas de notar (g): Cuando agradaren á Dios los caminos del hombre, hará que sus enemigos tengan paz con él. Pues no tiene el hombre otros mas crueles enemigos que despedacen su corazón, y le hagan guerra cruel, sino la vehemencia y furia de sus apetitos y pasiones, y deseos ansiosos de cosas que

(a) Contr. quos Aug. lib. 9. de Civit. Dei, cap. 5. (b) Cap. 3. §. 4. (c) Rom. 14. (d) Esaí. 52. (e) Psalm. 118. (f) Esaí. 48. (g) Prov. 16.

no puede alcanzar; los cuales quieta Dios por medio desta paz y justicia. Mas cuál sea esta paz, no lo puede entender sino quien ha gozado della; porque, como dice el Apóstol (h), sobrepuja todo sentido: que es todo lo que el entendimiento humano puede por sí alcanzar.

Ni tampoco puede estimar ni conocer cuán grande sea el gozo en el Espíritu Sancto, que desta paz y justicia procede, sino el que por experiencia lo ha probado; como claramente lo dice el Señor por estas palabras (i): Al que venciére daré yo un maná escondido, el cual nadie conoce sino el que lo ha probado. Donde por el maná, que era un manjar que tenía en sí toda suavidad, entiendo este gozo y alegría espiritual, la cual sobrepuja todos los gustos y deleites del mundo, como la Esposa lo significó, cuando hablando con su Esposo dijo (k), que sus pechos eran mas suaves que el vino. Entendiendo por los pechos la leche suavísima de las consolaciones espirituales con que él recrea las ánimas devotas, y por el vino todos los gustos y deleites del mundo. Pues este maná tan suave dice aquí el Señor que nadie lo conoce sino quien lo ha probado.

§. I.

Testimonios sagrados, ejemplos, y conjeturas de la divina suavidad.

Pues dirá alguno: ¿de qué sirve tratar agora vos de cosa tan escondida? Porque el que la ha gustado, mejor la conocerá por la experiencia que por vuestras palabras; y si no la ha probado, no bastarán palabras para que sepa lo que es, pues está escondida. A esto respondo, que todavía hay razones y conjeturas, y testimonios de las sanctas Escrituras, y ejemplos y dichos de los sanctos, y muchos otros argumentos, por los cuales podemos en alguna manera conjeturar qué tan grande sea la suavidad de este maná, lo cual no será de poco provecho para el estudioso lector. Porque como en la grandeza desta paz y deste gozo se remate la felicidad y bienaventuranza desta vida, y los hombres, como arriba dijimos (l), tengan un grande apetito y deseo natural desta felicidad, podrá ser que algunos convencidos con la fuerza desta razon, quieran dar de mano á todas las bienaventuranzas falsas, engañosas y mentirosas que los hombres del mundo procuran, y buscar esta, que es la verdadera, y que sola ella en su grado quieta los corazones humanos.

Y porque dijimos que esta bienaventuranza comenzada tiene alguna semejanza con la otra consumada que esperamos, traigo por testigo desto á Sant Bernardo, el cual hablando con Dios dice así (m): Algunas veces pones tú, Señor, en la boca de mi corazón que suspira por tí, una cosa que no me conviene á mí saber lo que es. Siendo la dulzura y la suavidad della, la cual es tan grande, que si en mí se continuase, no tendría mas que desear. Pues esta es una de las principales propiedades de la verdadera bienaventuranza, dar cumplido reposo y satisfaccion al corazón humano. Y así contento con lo que posee, no desea ni suspira por mas; porque tiene dentro de sí á Dios, fuente de toda suavidad; y contento con este bocado pierde la hambre de todas las otras cosas que ántes deseaba.

Mas para tratar de la grandeza deste gozo, era necesario tratar primero de la grandeza del amor con que

(h) Philip. 4. (i) Apoc. 2. (k) Cantic. 4. (l) Cap. 5. (m) Sup. Cant. ser. 31 et 74.

aquella summa bondad ama las ánimas puras y humildes; porque sabido esto, no sería increíble aun á los muy incrédulos lo que acerca desta materia dijésemos. Mas este no es su propio lugar. Baste saber que, como Sant Crisóstomo dice (n), este amor es tan grande que ninguna aficion de los amadores de la hermosura de alguna criatura (aunque sea de aquellos que andan como locos con la fuerza de sus aficiones) se puede comparar con la grandeza deste amor. Pues por aquí en alguna manera se entenderá cuáles sean las consolaciones con que este tan grande amador recrea, esfuerza y apacienta las ánimas que así ama.

Destas pues dice él hablando con sus siervos por Esaías (o): A mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os asentaré, y regalaré; y de la manera que una madre halaga un hijo pequeñito, así yo os consolaré. Verlo heis así cumplido, y alegrarse ha vuestro corazón, y vuestros huesos así como una yerba florecerán. Hasta aquí son palabras de Dios por su Profeta. Pues ¿quién pudiera imaginar que palabras tan regaladas pudieran proceder de aquella incomprehensible Majestad, y esto para con una criatura que en presencia dél es mucho ménos que una hormiga? Mas ¿qué otra cosa nos quiso este Señor declarar por estas tan dulces palabras, y por esta comparacion del regalo de la madre para con su hijo chiquito, sino la grandeza del amor que tiene á las ánimas puras y humildes, y los regalos con que las consuela y recrea en esta vida, mientras se dilata el alegría de la otra? Muy bien entendia esto (como quien tantas veces lo habia probado) el sancto rey David en medio del aparato y resplandor de la casa real, cuando maravillado de la grandeza desta suavidad decia (p): ¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de vuestra dulzura, la cual teneis escondida para los que os temen! Y dice muy bien escondida; porque, como ya dijimos, no la conoce sino quien la ha probado. La cual dulzura aunque propriamente se recibe en el ánima, mas á veces es tan grande, que así como los rios con las avenidas salen de madre, así ella redunda en la misma carne, dándole unos como relieves de los manjares que ella goza, y haciéndola participante de su alegría. Lo cual tambien confiesa el mismo Profeta (q), cuando dice: Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Pues esta alegría, así como se funda en Dios y es causada y obrada por él, así es conforme á quien él es, que en todas sus obras es grande, en todas Dios. Si no, decidme, ¿qué regalo era aquel que la Esposa quiso significar en sus Cantares (r), cuando dijo: La mano siniestra tiene puesta el Esposo debajo de mi cabeza, y con su diestra me abrazará? Pues este regalo y consolacion es tan grande, que muchas veces arrebatá, y lleva en pos de sí todas las fuerzas y sentidos, así interiores como exteriores del hombre, de tal modo, que le es grande tormento divertirse de aquello que está gozando, á oír, ó hablar, ó entender en otra cosa; porque por todo el mundo no querría perder un punto de aquello que goza. Y así se escribe de la virgen Sancta Clara, que habiendo recibido en la fiesta de la Epifanía una grande consolacion de nuestro Señor, de tal manera tenía robados y embebidos sus sentidos en aquella consolacion, que por muchos días le era necesario hacerse gran violencia para estar atenta á lo que le decian. De Sant Bernardo tambien leemos,

(n) Dissim. Centur. 4. Dissim. 27. tom. 5. (o) Esaí. 66. (p) Psalm. 50. (q) Psalm. 85. (r) Cant. 2.

que al principio de su glorioso noviciado andaba tan absorto en espíritu, que había perdido el uso de los sentidos: de manera que viendo, no veía, y gustando no gustaba, y así comía y bebía unas cosas por otras, sin hacer diferencia dellas; porque la fuerza del espíritu y el gusto de la divina suavidad (que trae consigo la caridad) de tal manera había embebido en sí, y arrebatado todas las fuerzas del ánima, que no tenía vigor ni virtud para otra cosa mas que aquella.

A quien estas cosas parecieren increíbles, aproveche-se para crearlas de los ejemplos que se ven en las cosas humanas. Ponga los ojos en un corazón vehementemente aficionado á la hermosura de alguna criatura, como la que la sancta Escritura refiere de la afición de Amnon, hijo de David, para con Tamar (s), la cual era tan grande que le enflaquecía y consumía las carnes; porque todo el vigor y fuerzas del ánima estaban tan ocupadas y suspensas en aquella tan fuerte afición, que dejaban el cuerpo y el estómago desamparado de los espíritus que lo habían de sustentar, y así poco á poco se iba consumiendo y gastando de flaqueza. Pues díganme ahora, si tanto puede la hermosura de una criatura (que no es mas que un corecico blanco y colorado), ¿cuánto mas podrá aquella infinita hermosura de la divina bondad, cuando el Espíritu Sancto con un rayo de su luz descubre algo della á un ánima pura y limpia? Si tanto pueden las cosas humanas, ¿cuánto mas las divinas? Si tanto la naturaleza, ¿cuánto mas la gracia? O por mejor decir, si tanto la corrupción del pecado, ¿cuánto la gracia y lumbre del Espíritu Sancto? Si tanto finalmente el demonio atizador de malos amores, ¿cuánto mas aquel divino espíritu inflamador de los devotos corazones?

§. II.

Otras conjeturas desta divina suavidad en los justos por el desprecio de lo temporal, y olvido de sus cuerpos.

Otro indicio tenemos de la grandeza desta suavidad: que es la aspereza de innumerables monjes que moraban en los desiertos haciendo vida mas que humana; de la cual se dijo algo en el capítulo pasado (t), y adelante se dirá mucho mas. Agora solamente diré una cosa que escriben no solamente nuestros autores, sino tambien Filon, nobilísimo escritor y filósofo platónico, y de nación judío; la cual no podrá dejar de poner admiración á quien quiera que la leyere. Escribiendo él pues la vida sanctísima que hacían los fieles que habían creído de la circuncisión (v), que adelante referirémos, entre otras cosas dice, que había algunos dellos, que estaban tan llenos de Dios, y gozaban de tan grandes consolaciones en la contemplación de las cosas divinas, que venían á estar las semanas enteras sin desayunarse, por estar sus ánimas tan grandemente recreadas y hartas con la suavidad de las consolaciones divinas, que la hartura dellas redundaba en los cuerpos; y el alegría del espíritu era tan grande, que hacia no sentirse ni la flaqueza, ni la hambre del cuerpo. Juzgue pues agora el cristiano lector por este indicio, qué tan grande sería la felicidad y suavidad de un ánima que aquí había llegado, y vea si hay razon para llamar á esta bienaventuranza comenzada, pues de tal manera hinchia el seno y capacidad del hombre, que ninguna cosa mas en esta vida deseaba, y aun de la flaqueza y necesidades naturales se olvidaba!

A este indicio añadiré otro, que es la renunciación que

(s) 2. Reg. 13. (t) Cap. 10. §. 1. (v) Tract. de Vita contemplat.

leemos de muchas personas, las cuales despues que fueron tocadas de Dios, despreciaron el mundo con todas sus pompas, galas y vanidades, y dejaron grandes estados, y patrimonios y muy honrosos casamientos, y abrazaron la cruz de la penitencia, y dejando el camino ancho del mundo, caminaron por la estrecha senda del Evangelio; y menospreciando los gustos de la carne, abrazaron y amaron la pureza de la virginidad sobre todas las cosas. ¿Qué virtud fué la que acabó con Sant Eduardo, rey de Inglaterra, que siendo mozo, y casando con una nobilísima y virtuosísima señora, determinasen ambos de comun consentimiento de guardar perpetua virginidad, y que la mantuviesen y guardasen no por un año, ni dos, sino por toda la vida, comiendo y cenando juntos, y tratándose y amándose con entrañable afición, pues la semejanza de los espíritus y de la vida es grande motivo y causa de amor! ¿Cuán llenos estaban aquellos corazones de las consolaciones del espíritu, pues así despreciaban los gustos de la carne! No tengo esta por menor maravilla que la de aquellos tres mozos, que no ardiéron en las llamas del horno de Babilonia, pues estos en medio del fuego de la carne y de la juventud no se quemaban; porque la llama de otro mayor fuego que ardía en sus espíritus apagaba la de los cuerpos. Bien veo que destes ejemplos hay pocos; mas de los que dejaron por Dios grandes estados, y casamientos y patrimonios están llenas las historias y vidas de nuestros sanctos. Y si aun en estos miserables tiempos que lamentamos, rodeáremos los ojos por solos estos reinos de España, hallarémos que muchas personas de nobles estados, así hombres como mujeres, menospreciando el señorío y las riquezas de la tierra, escogieron ser ántes despreciados en la casa de Dios, que vivir gozando y mandando en el mundo. Algunos de los cuales llegaron á tomar la vida pobre y áspera de religiosos descalzos, mudando la seda en sayal, y el señorío en servidumbre, y las riquezas en pobreza, y la libertad en subjeción, y la vida regalada en vida áspera y estrecha. Torno pues á concluir: ¿cómo pudieran los hombres nacidos y criados en vida deliciosa despreciar todos los gustos y regalos della, si no estuvieran mas regalados y satisfechos con los gustos y consolaciones del Espíritu Sancto?

Pues este divino espíritu (que esencialmente es amor no criado) cria en los corazones que están ya mortificados y dispuestos con el uso de las virtudes, una tan grande llama del amor divino, que muchas veces con una palabra sola, ó con un sancto pensamiento se encienden en este amor: como leemos de F. Egidio, uno de los compañeros de Sant Francisco, el cual muchas veces con solo oír esta palabra Paraíso, era arrebatado en espíritu. Porque los tales (despues de muy arraigado en sus ánimas el hábito de la caridad) están como una pólvora seca, que una sola centella que caiga sobre ella, luego se inflama.

§. III.

De los efectos que causa el alegría y suavidad espiritual.

Mas ¿quién podrá con palabras explicar los efectos que esta divina suavidad causa en las ánimas devotas? Porque primeramente de aquí les viene un sancto hastío y odio de sus cuerpos; porque la necesidad y obligación de mantenerlos les hace divertir de aquel ejercicio en que querrian siempre permanecer. Y así leemos de uno de aquellos sanctos padres del yermo en la historia Ecle-

siástica, una cosa en parte graciosa, y es que comía andando. Y preguntado por qué hacia esto, respondió que el comer no era cosa que se había de hacer de propósito.

¿Qué diré de otros efectos de sanctos deseos, que (como centellas vivas) saltan deste divino fuego? Porque los tales desean padecer trabajos, y derramar sangre por aquel Señor que tan dulce y tan amable se les muestra. Desean dar voces á todas las criaturas, para que vengan á beber destas aguas de vida, y deste vino y leche suavísima á que el Profeta nos convida (x) doliéndose entrañablemente de los que por su culpa pierden tan grande bien. Desean otrosí la soledad, y el apartamiento de las gentes, para gozar mas enteramente y mas sin impedimento destes regalos y abrazos del Esposo celestial. Y así desean la noche para que con mayor silencio y quietud puedan (segun el Profeta nos aconseja) (y) conversar con él, y pésales con él dia como le pébala al grande Antonio, por hallarse mejor para esto con las tinieblas y soledad de la noche, que con la luz del dia. Y como dicen los filósofos, que el movimiento natural es mas lijero al fin que al principio, así cuanto mas gozan de la presencia de Dios, tanto mas desean verla, diciendo con el Profeta (z): ¿Cuándo vendré y apareceré ántes la cara de mi Dios? Por lo cual no solo no temen la muerte (cuya memoria á muchos es intolerable), mas ántes desean con el Apóstol ser desatados por verse con Cristo. Y así se dice de los tales que tienen la muerte en deseo, y la vida en paciencia.

Finalmente, tal es y tan copiosa esta divina consolación, que el cuerpo flaco y de carne no puede muchas veces sufrir la violencia y alegría della. Lo cual había experimentado la Esposa cuando decía (a): Sostenedme con flores, y cercadme de manzanas, porque estoy enferma de amor. Pues dirá alguno: ¿Por qué nuestro Señor recrea muchas veces las ánimas con tales consolaciones, que la flaqueza del sujeto no las pueda soportar? A esto se responde, que nuestro Señor se há en esta parte con sus familiares amigos como un rey que convida á otro rey, al cual manda servir con una mesa llena de muchas diferencias de manjares, no porque piense que él pueda comer de todos ellos, sino para mostrar la voluntad que tiene de honrarle con aquella rica mesa. Pues esto mismo hace nuestro Señor con sus familiares amigos en este convite espiritual, para mostrar el deseo que tiene de consolarlos y alegrarlos, y para mostrar cuánto mas los alegraría, si la flaqueza del sujeto lo sufriese. Mas no por eso ellos han de tomar mas de aquello que la complexión del cuerpo puede sufrir.

Sobre todos estos deseos acordándose que este Señor (á quien tanto aman y desean agrandar) siendo rico se hizo pobre por ellos, y así nació, vivió y murió con summa pobreza, vienen á enamorarse tanto desta virtud, y parecerles tan hermosa, que no hay avariento en el mundo á quien tan hermoso parezca el oro, como á ellos la pobreza, por haber sido tan amada del Señor de todo lo criado. Y así ellos la abrazan, y procuran vestirse della, y aborrecen toda superfluidad y demasia de las cosas no necesarias. Y por la misma razon viendo al mismo Señor cercado de tantos trabajos, desean ellos tambien padecer trabajos por él, y alégranse, y danle muchas gracias cuando se ven en ellos; por que saben cuánto le agrada el siervo que padece de buena gana trabajos por su Señor. Pues todos estos deseos son centellas vivas que saltan del fue-

(x) Esai. 55. (y) Psalm. 43. (z) Psalm. 41. (a) Cantic. 2.

go de la caridad, y de la divina suavidad, como ya dijimos.

Nada desto parecerá increíble á quien hubiere leído en Aristóteles, que la contemplación de Dios, y de las cosas altas y divinas (por poco que alcancemos dellas) es de grande suavidad; y que esto es hacerse el hombre en su manera participante de la felicidad de Dios: la cual no es otra que estar siempre contemplando su misma hermosura. Pues si esta contemplación natural de las cosas divinas, alcanzada por medio de las criaturas, sin fundamento de fe, ni de gracia, ni de caridad, ni de sanctidad de vida, tanta suavidad traía consigo, ¿cuál será aquella donde todas estas cosas juntas concurren; y sobre todo particular lumbre y fuego del Espíritu Sancto, que así quiere recrear las ánimas que por su amor dieron libelo de repudio á todos los gustos y bienes del mundo?

§. IV.

Responde á una táctica objeción.

Mas dirá por ventura alguno: yo confieso ser verdad todo lo dicho; porque las razones y autoridades que habeis alegado claramente lo prueban. Mas esos grandes favores no son communes á todos, sino á los que de todo su corazón se entregaron á Dios, desechados todos los gustos y regalos del mundo: que es cosa de pocos. A esto primeramente respondo, que por lo dicho se prueba la excelencia de la religion cristiana. Porque si (como ya vimos) el oficio y fin de la verdadera y perfecta ley es hacer á los hombres buenos y bienaventurados (lo cual esta ley hace tan perfectamente como está probado), síguese que esta es la mas perfecta ley de cuantas ha habido en el mundo.

Lo segundo digo, que aunque estos grandes favores y consolaciones sean para personas muy espirituales, pero tambien tiene nuestro Señor otros proporcionados para la capacidad y virtud de cada uno. Para lo cual es de notar, que así como el que va á coger agua de la mar, cuanto mayor vaso lleva tanto mas agua coge, así el ánima que se llega á nuestro Señor (que es un mar de infinita suavidad), mientras mas dispuesta está y mas purgada estuviere de la afición y apetito de las cosas sensuales, mas gustará desta suavidad. Porque, como dice Sant Augustin (b), Dios es sapiencia del ánima purgada; dando á entender por esta palabra, que como es necesario que el paladar esté libre de malos humores para que tenga gusto de los manjares corporales, así tambien lo es que lo esté el paladar de nuestra ánima para gustar de los espirituales. De aquí pues se infiere que segun la mortificación que el ánima tuviere de los gustos del mundo, así participará de las consolaciones del Espíritu Sancto: si poco, poco; si mucho, mucho. Y por esto no puede faltar el alegría de la buena conciencia á los que se determinan de guardar los mandamientos de Dios; como lo declara Sant Augustin por estas palabras (c): Tú que buscas verdadero descanso, el cual se promete á los cristianos en la gloria, sábeta que gustarás la suavidad dél entre las molestias y amarguras desta vida, si guardares los mandamientos de aquel que lo prometió. Porque muy presto hallarás por experiencia que son mas dulces los frutos de la virtud que los del pecado; y mas alegremente gozarás de la suavidad de la buena conciencia entre las tristezas

(b) De Doctrina Christiana, lib. 1. cap. 10. 11. 12. tom. 3.

(c) Aug. de Cathed. rudibus, cap. 16. in fin.

desta vida, que de la mala entre los deleites della. Y sobre el Génesi dice él mismo (d), que el alegría de la buena consciencia es un paraíso. Por donde la Iglesia, en aquellos que templada, y piadosa y justamente viven, se llama paraíso de deleites; el cual florece con abundancia de gracias y castos deleites.

Con esto tambien se junta que á la entrada deste camino suele nuestro Señor hacer muy buen tratamiento á los que de nuevo entran á servirlo: como lo vemos representado en el recibimiento del hijo pródigo (e). Porque como sabio y piadoso padre, entiende que no podrá un hombre habituado á los gustos y vicios del mundo, abrazar luego la cruz de la penitencia, si no fuere cebado y recreado con otros gustos mayores. Por tanto, ya que se determinó de llamarlo á su servicio, tambien se determinó de proveerle de todo lo necesario para efectuarse este llamamiento; pues sus obras son perfectas y acabadas, y no las comienza ni abre los cimientos sino para cargar sobre ellos el edificio. Conforme á lo cual dice Sant Gregorio (f), que al principio de la conversion hay halagos y dulzuras, y en el medio batallas y tentaciones; mas en el fin la perfeccion de una hermosa victoria de las batallas pasadas. La causa destas consolaciones que reciben los principiantes es, la novedad y grandeza de los misterios que comienzan á ver con la nueva luz que les dan, de los cuales ántes no tenían mas que un conocimiento muerto, como tambien era muerta la fe dellos. Mas agora con esta luz es tan grande el alegría y admiracion de ver cosas tan admirables, que hasta entónces no habian conocido, que no acaban ni de maravillarse de cosas tan grandes como las que contienen los misterios de nuestra fe, ni de alegrarse de ver las nuevas mercedes que de nuestro Señor reciben. Esto acaece tambien en las cosas humanas. Quien nunca salió de una aldea, cuando entra en Venecia, ó en otra insigne ciudad, no acaba de maravillarse de cosa tan nueva y tan hermosa; mas en el que ya la vió muchas veces, cesa esta admiracion, porque cesó tambien la novedad. Pues esto mismo acaece á aquellos cuyos ojos nuestro Señor abrió para ver la hermosura y grandeza de su casa. Finalmente, por muy poco que sea lo que se da, son tan grandes los pocos de Dios, que sobrepujan todos los muchos del mundo. Por lo cual dijo David (g), que valia mas un poquito de lo que Dios da al justo, que las grandes riquezas de los pecadores. Y su hijo Salomon dice (h): Que mas vale un poquito con temor de Dios, que tesoros grandes y insaciabiles.

Estos dos efectos tan nobles de la religion cristiana, que son la bondad y felicidad que en estos dos capítulos precedentes habemos explicado, prueban claramente ser ella verdadera. Porque no lo siendo seguirseía que una de las mayores mentiras y blasfemias del mundo era causa de la mayor bondad y felicidad que hay en el mundo. Porque como todo el fundamento della sea confesar que Cristo es verdadero hijo de Dios, no siendo esto así, nuestra fe confesaría una de las mayores falsedades y blasfemias del mundo, creyendo en un hombre que se hacia Dios sin serlo: que es la mayor falsedad, y maldad y blasfemia de cuantas el entendimiento humano puede imaginar. Pues siendo esto así, ¿cómo era posible que de la mayor maldad y blasfemia del mundo pro-

(d) Aug. de Genes. contra Manich. lib. 2. cap. 9. tom. 1. et ad lit. l. h. 11. cap. 40. tom 3. et epist. 57. tom. 2. (e) Luc. 15. (f) Greg. in lib. 24. Mor. cap. 15. (g) Psalm. 36. (h) Prov. 15.

cediese la mayor bondad y felicidad de cuantas se han visto en el mundo, siendo verdad que la maldad no puede parir sino maldad, y que tan noble efecto no era posible proceder de tan mala y tan abominable causa?

CAPITULO XII.

De la décima excelencia de la religion cristiana, que es haber desterrado la idolatría del mundo: que es el primer triunfo de Cristo.

Estos dos efectos de la religion cristiana, que son hacer á los hombres buenos y bienaventurados en su manera, pertenecen á personas particulares; otros hay generales que tocan á todo el mundo, ó á alguna principal parte del. Los cuales llamamos triunfos de Cristo, porque él triunfó del demonio, y triunfó del mundo; y asimismo triunfó de los que le procuraron la muerte. Los cuales son tambien efectos principales de la religion cristiana, y gloriosísimos triunfos de Cristo. De los cuales se trata mas á la larga en la cuarta parte desta escritura, donde juntamente se ponen las profecías que denunciaron mucho ántes estos triunfos, y se declara la grandeza dellos. Mas en este lugar (donde tratamos de las excelencias y efectos de la religion cristiana) será necesario decir algo brevemente dellos.

Es pues agora de saber que el mayor mal que ha habido en el mundo despues que Dios lo crió, y el mas antiguo, y mas universal, y mas injurioso de la divina Majestad, y causador de mayores males, fué el pecado de la idolatría. Todos estos males tenia este grande mal. Ca primeramente era muy antiguo, porque comenzó luego dende el diluvio, como Santo Tomas dice (a). Mas no falta quien diga que tambien reinó ántes del diluvio. Porque si era tan universal la corrupcion del mundo (b) (como la Escritura dice, y como lo muestra aquel castigo tan universal del mismo diluvio), parece que la lumbré del entendimiento humano habia de estar muy apagada para el conocimiento de Dios, y que él habia de permitir que perdiesen la lumbré de la fe los que tenían tan estragada la vida; porque este suele ser el castigo de grandes pecados, cuales eran los de aquel tiempo.

Era tambien este pecado, demas de ser tan antiguo, tan universal, que sacado un rinconcillo de Judea (donde habia un rayo de luz para conocer el verdadero Dios), todo el resto del mundo, todas las islas de la mar, y finalmente todo lo que mira y cerca el sol, estaba escurecido y contaminado con esta mortal pestilencia.

Era tambien este pecado el mas injurioso de la divina Majestad de cuantos hay. Porque esto era quitar á Dios su silla, y asentar en ella al demonio su capital enemigo, y tomar la corona real de su divinidad, y ponerla en la cabeza de Satanás, que en los ídolos era adorado. Y junto con los ídolos vinieron de lance en lance á tanta ceguedad, que adoraban los animales brutos, y las aves, y las serpientes, como el Apóstol dice (c), y los dragones, como se escribe en Daniel (d). Callo otros feisimos, deshonestísimos y abominables dioses que adoraron, de los cuales trataremos adelante.

Pues pregunto agora, ¿cuál habia de ser la vida, cuáles las costumbres de los que tales dioses adoraban? Porque aquí señaladamente se monstraba la severidad de la justicia divina, permitiendo que los tales adoradores cayesen en todos los despeñaderos de vicios y abominaciones que se pueden imaginar: los cuales refiere el

(a) 2. 2. quæst. 94. art. 4. ad 2. (b) Genes. 6. (c) Rom. 1. (d) Dan. 14.

Apóstol en el primer capítulo de la epístola escrita á los romanos (e), como adelante veremos.

Pues ¿qué diré de los sacrificios que se ofrecian á estos ídolos (f)? De los cuales unos eran deshonestísimos (como los que se hacian á honra de la diosa Vénus y de la diosa Flora), otros eran furiosos (como los que se ofrecian al dios Baco, que era dios del vino, que llamaban bacanalía), otros eran cruelísimos, de que hace mencion la sancta Escritura (g), donde los padres (despojados del amor natural, que hasta las bestias tienen á sus hijos) sacrificaban á sus mismos hijos y los pasaban por el fuego como hizo Manasés (h), rey de Judea.

Pues si tantos males traia consigo esta pestilencia, y esto no en un reino ó provincia, sino en todo el universo mundo, síguese que el mayor beneficio de cuantos se han hecho al mundo, fué desterrar del un tan grande mal. Pues este tan grande beneficio se debe á la religion cristiana y á la virtud y omnipotencia del Salvador: el cual por el ministerio de unos rudos y pobres pescadores, batallando continuamente, no con armas de hierro, sino con la virtud del Espíritu Sancto, á pesar de todo el mundo, desterró esta pestilencia del. Estos pues asolaron los templos de los ídolos, derribaron sus altares, quemaron, y despedazaron y arrastraron sus ídolos, y derribaron de su trono al príncipe deste mundo, que en todo él era adorado.

Y fué así que continuándose en estos tiempos por una parte la predicacion del Evangelio y por otra la furia de los tirannos contra la Iglesia, sucedió el negocio de tal manera, que quanto mas procuraban los tirannos extinguir el nombre de Cristo y el número de los cristianos, martirizando cada día millares dellos, tanto mas ellos crecian y se multiplicaban, como refieren las historias de la Iglesia. Y si algun incrédulo pusiere sospecha en ellas, no la puede poner en Plinio segundo, que era gentil: el cual siendo gobernador de una provincia, y viendo la muchedumbre de cristianos que cada día se mataban, escribió al emperador Trajano una carta, que hoy día anda entre las otras suyas, dándole cuenta de la mucha gente que cada día moria sin cometer delicto alguno contra las leyes romanas; la cual con todos los tormentos que padecía, crecia tanto que cada día se disminuian mas los sacrificios y culto de los ídolos. Lo susodicho es de Plinio: el cual en estas palabras abiertamente confiesa la disminucion del culto de los ídolos y la muchedumbre y constancia de los cristianos que padecian por la fe. De modo que como se escribe del reino de Isboseth, hijo de Saul (i), y del de David, que aquel cada día iba en disminucion, y el de David en crecimiento (haciéndose de cada vez mas fuerte con el favor de Dios, hasta que finalmente el reino de Saul se acabó y el de David permaneció y quedó victorioso y solo), así el reino del príncipe deste mundo (que es el demonio que en todos los ídolos era adorado) quedó destruido y aniquilado; y el de Cristo extendido por el mundo de tal manera, que en tiempo del emperador Constantino los mismos sacerdotes de los ídolos, viendo sus dioses tan caídos, entregaban los ídolos que tenían en gran estima y veneracion. Y á los que ántes llamaban los rayos de Júpiter, sacaban por sus manos de los soterraños y escondrijos donde los tenían; y lo que ántes era negado á los ojos del pueblo y solamente con-

cedido ver á los sacerdotes, de ahí adelante era hecho comun y despreciado de todos como cosa vilísima. Otras muchas estatuas hechas de metales preciosos, fuéron derretidas, y acuñadas, y hechas moneda para el provecho comun de los pueblos. Otras estatuas hechas de cobre de muy hermosas labores, fuéron llevadas á Constantinopla para hermosear la ciudad, puestas en lugares públicos por las calles, y en el lugar de las representaciones, y en las casas reales: conviene á saber, Picias el adevino, Apolo y las musas Helicónides y las mesas de Apolo Delfico; y los templos fuéron despojados, unos de las puertas, otros de los ricos maderamientos; otros dejaban despreciados y hacian dellos muladares, y poco á poco se caian. Porque sabemos que entónces se destruyeron y del todo cayeron en Egea de Cilicia el templo de Asclepio, y en Afaca cerca del monte Líbano y del rio Adon, la casa de Vénus: el uno y el otro templo insignes y muy estimados por sus devotos.

Mas á este propósito será razon escribir el fin que hubo aquel magnífico templo de Sérapis, grande dios de los egipcianos, que está en Alejandría; y muchos habrán, dice Eusebio, que le hayan visto. Está edificado en alta cambré, levantada no por naturaleza, sino por artificio, mas de cien gradas en alto; por todas partes cuadrado y de grande y espaciosa anchura, edificado de bóvedas por dentro hasta el mas alto aposento. En lo alto tenia muchas y muy abiertas ventanas, y en lo bajo soterraños para diversos usos y ceremonias de sus abominables sacrificios, y en medio repartidas muchas salas, y cuadras, y retretes, donde posaban las guardas del templo. Por defuera estaba todo el sitio cercado en cuadro de portales. En medio de todo el edificio estaba una cámara sustentada con preciosas columnas y labrada de dentro y de fuera magníficamente de mármol; y las paredes aforradas con planchas de oro, y sobre estas otras de plata, y despues otras de cobre para que guardasen los mas preciosos metales. Dentro de la cual estaba el ídolo de Sérapis, tan monstruoso de grande, que con la mano derecha tocaba en una pared y con la izquierda en la otra. El cual se decía que era labrado de todos los metales y maderas que se crien en la tierra; y sobre la cabeza tenia una medida de trigo. Otras muchas cosas tenían los antiguos fabricadas en el mismo lugar, para hacer atónitos á los miserables, que agora sería largo de contar. Y para mas encarecer sus blasfemias fantasías, habian echado fama los sacerdotes paganos, que si alguna mano de hombre tocaba en la sobredicha estatua, luego la tierra se abria, y el cielo se henderia y caería á pedazos: la cual fama tenían algunos creída, otros á lo ménos temian y recelábanla. Pero un caballero, mas armado de fe que con loriga, arrebató una hacha, y con toda su fuerza de un golpe derribó la mejilla del falso dios que encantaba los hombres. Entónces el un pueblo y el otro alzaron un gran alarido; mas ni se cayó el cielo ni se abrió la tierra: ántes el caballero prosiguiendo lo comenzado, hizo rajas el madero podrido, y derribándole en el suelo, y poniéndole fuego, y levantando la llama todo fué uno. Pero no le consumieron todo; mas hicieron una sarta de los piés, y de las manos, y de la cabeza, con su medio celemín encima, y trajéronle arrastrando por su devota Alejandría; y despues á vista de todo el pueblo le volvieron en ceniza. Hecho esto volvieron al tronco que quedaba, y acabaron de quemarle en el lugar público donde se hacian los juegos y representaciones. En este

(e) Rom. 1. (f) Aug. de Civit. Dei, lib. 6. cap. 9. et 7. It. lib. 2. cap. 26. tom. 5. (g) Psalm. 105. (h) 4. Reg. 21. 2. Paral. 35. (i) 2. Reg. 5.